

Revisitar las sombras

Manolo Garrido Palacios

(Al tono que imprime a sus relatos Luisa María González)

Ya se habían encendido las farolas de la plaza y la luz anaranjada sorprendió a las fachadas de las casas dando al conjunto un aspecto de foto antigua. El tedio y el frío le hicieron dirigir su mirada, de forma alternativa, a la fuente y a la puerta semiabierta de la iglesia. El invierno sumía las calles en una desolación que le despertaba terrores infantiles. Jacinto Montero se vio asaltado por el pánico que vivía de niño cuando la noche amenazaba con juntar los tejados. Le entraron ganas de salir corriendo, buscando el cobijo de espacios familiares, bajo un techo maternal y protector.

El agua que chorreaba desde la copa central de la fuente se había congelado. Los hilos de hielo le daban una apariencia inquietante, amenazadora, como garras siniestras que casi arañaban la fina capa de hielo que se empezaba a formar debajo, en el agua del pilar. Jacinto dibujó una mínima sonrisa intentando dilucidar si la fuente estaba coronada por una paloma decapitada o era la figura de un elefante minúsculo que vertía de manera intermitente chorros de agua por su trompa.

El rectángulo de luz blanca que proyectaba la puerta abierta del bar situado en los bajos de la Casa Grande empezaba a esfumarse. Chirriaron los goznes de las pesadas puertas que le servían de cierre y la luz se convirtió en un ángulo menguante que se inmolaba para ser definitivamente engullido por los tonos naranjas, amos ya del resto de la plaza. La tienda de chucherías de la esquina, especializada en captar clientes de última hora, había echado la reja metálica hacía bastante rato. El luminoso de la Caja Rural y los focos que daban relieve monumental a la iglesia habían respetado, mucho tiempo antes, escrupulosamente, la hora fijada en sus programadores para apagarse automáticamente. El viento cimbreaba los chopos del extremo donde estuvo la antigua cárcel, frente a la iglesia, y provocaba el aleteo de sus hojas, como bandadas de pájaros iniciando la huida.

Jacinto Montero se apoyó en la baranda que hacía de mirador sobre el nivel inferior de la plaza, el frío mordiendo sus pies hasta el dolor, y volvió a centrar su atención en la puerta de diario de la iglesia, abierta, quizás por olvido, a aquellas horas.

Su soltería de mozo viejo lo sumía en el desasosiego más absoluto durante los-días-invernales-entre-semana. El fin de semana se prestaba a la afluencia de gente y al cierre más tardío de los pocos locales que prolongaban su oferta hasta la madrugada. De tanto esperar los viernes y los sábados, llegados éstos, le asediaba la duda de si su presencia entre las adolescentes bailonas no llegaba a resultar patética, cubata va y cubata viene, hasta perder la timidez que le agarrotaba y que se traducía finalmente en una conversación menos forzada y más hilvanada con sus invariables compañeros de tertulia, todos apostados en la barra, desnudando con la mirada cualquier mujer cuyas formas se mostraran rotundas a pesar de la poca luz y el humo.

Iba ya a girar sobre los pasos andados, dispuesto a embrutecerse con algún cotilleo televisado, cuando un golpe seco de la puerta de la iglesia le hizo girar la cabeza hacia el origen del ruido. Estaban él y la plaza, él y el reloj del Ayuntamiento, iluminado en sordina, y que tantas veces había dibujado en su época escolar. El portazo sonó en su espalda como un escalofrío punzante que redefinía el espacio de la plaza, haciéndola más grande de lo que en realidad era. Su calle central, trazada en la última remodelación, estaba jalonada por imitaciones de farolas de hacía un siglo y medio. Las bombillas emitían intermitencias que daban aspecto de pista de aterrizaje de emergencia a aquella calle peatonal, como si sus límites quedaran fijados por antorchas para facilitar la buena visión de un supuesto piloto. Parecía, sin embargo, que alguien le estuviera marcando a él un camino a seguir. La primera impresión fue la que le llevó a mascullar algunos juramentos en contra de la compañía Sevillana de Electricidad.

Hasta sus pies llegaba la sombra de la columna, rematada con una cruz de mármol, que se erguía en unos jardincitos aledaños y que le recordó a una espada con aquella cruz como empuñadura. Las paredes del convento de monjas se intuían al fondo, silenciosas tras su actividad suspendida. Quedaban atrapadas en el tiempo las tardes de domingo en las que allí se proyectaban las diapositivas y las

narraciones grabadas del martirio de San Tarsicio. La cálida voz del narrador contradecía la violencia del mensaje y la exaltación morbosa del sacrificio, que quedó marcado en su memoria a fuego lento, piedra a piedra, golpe tras golpe en la lapidación del niño. Aquellas imágenes le llegaban superponiéndose a cuerpos asaetados y ancianos barbados —que ejercían de ama de llaves—, representados en los cuadros de la iglesia, convenientemente dispuestos en la parte superior del altar, vigilantes sobre su cabeza.

Jacinto empezaba a dudar si debía avisar al párroco sobre el olvido de la puerta. Las bombillas-antorchas volvían a emitir una luminosidad constante. En el rincón de la cárcel, una figura siniestra se dirigía con pasos sigilosos hacia el callejón de la iglesia. Tenía aspecto de sombra chinesca, mostrada a contraluz su silueta de hombre chepado, portador de algo parecido a un saco en su espalda y un cuchillo sacamantecas en su mano derecha, según la presumible longitud de la hoja, que se hacía patente a pesar de la distancia.

Jacinto empezaba a pensar que la soledad no podía ser buena consejera. Su trato diario con otras personas se veía contaminado por sus frecuentes manías e intransigencias y esto le estaba abocando a convertirse en un ser huraño e intratable. Sus inquietudes, que él llamaba *mis cosillas*, el tiempo las había diluido. Sus momentos de ocio se habían adaptado de tal forma a las circunstancias que sólo se podían resumir como una sucesión de renunciadas inevitables. Quizás se trataba del derrumbe de sus valores de cuarentón que iniciaba su singladura hacia la cincuentena. Todo lo que para él había tenido importancia ahora resultaba ser dolorosamente intrascendente. La Hermandad no dejaba de ser una agrupación en declive, que había aguantado con dignidad hasta no hacía mucho tiempo. Ser Hermano de la Cofradía, según tradición de familia, suponía un motivo de orgullo, valorado por la gente como un prestigio añadido a la honradez de su vida. Ahora dudaba si toda aquella iconografía, construida sobre cuerpos lacerados y sordidez, era adecuada para los tiempos que corrían. El hedonismo se instalaba seguramente como respuesta lógica al mundo de dolientes descalzos y encapuchados, portadores de velas inquietantes que sumergían a los niños en un mundo de pesadilla., de pecados mortales, de limbos, de calderas donde consumirse por los siglos de los siglos, de angustia por incumplir las fiestas de guardar...

La plaza adquirió en su memoria la luminosidad inequívoca de mayo. Los niños avanzaban por parejas, cogidos de la mano, entonando cánticos en loor de la figura de María, siempre Virgen. Sus timbres infantiles sembraban de dulzura las calles que recorrían desde los centros escolares hasta la iglesia. Una vez en el templo, se negaban a dejarse abrumar por el sopor del rito. Las bromas soterradas se adueñaban del acto, para ignorancia de los oficiantes y los maestros.

Pensar todo esto, ahora, tiene guasa, con el frío que hace —se dijo—, posiblemente debería irme a casa y dejar de estar aquí plantado como un imbécil a estas horas. O eso, o estaba siendo sometido a una prueba cuyo alcance no llegaba a columbrar, tal y como le habían enseñado, buscando un mensaje sobrenatural en los acontecimientos más nimios.

Un nuevo golpe de la puerta le hizo dirigir sus pasos hacia la iglesia. Pasó entre las farolas, por la calle peatonal quizás prevista para los pasos procesionales. Las luces no se inmutaron. Se paró en la fuente y pasó por su cara un fragmento del hielo ya sólidamente formado en el pilar. Avanzó temeroso. Pensó que en lo tocante a algunos temas siempre se dejaba arrastrar por los atavismos heredados y por el temor a la ira divina.

Cuando entró en la iglesia, majestuosa e inabarcable en su oscuridad inquietante, intuyó la solidez de los muros que marcaban la separación de las capillas laterales y vio el brillo incomprensible que la luna, al colarse por el ventanuco de la cúpula, prestaba al agua mínima de la pila de aguabendita. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. A los pies de la escalinata de la capilla mayor se elevaba un túmulo revestido de paños fúnebres para las honras de un difunto. El eco de sus pasos, al detenerse, fue sustituido por unas letanías casi imperceptibles que iba reconociendo a medida que se aproximaba. Los días de difuntos, con las visitas estacionarias al cementario, volvían para amenazar sus paseos piadosos junto a las tumbas resquebrajadas de la pared sur, donde se abrían grietas por las que saldrían manos amenazantes que pretendían incorporarlo al reino de las sombras; los pasos apresurados junto al osario y la angustia de la pobreza de las tumbas de la pared este; los panteones, absurdos en su pretensión de ultratumba, abrían bocas de reja a la altura de sus pies y provocaban

aquella misma sensación de fauces succionadoras que reclamaban su tributo.

La abrumadora presencia de lutos superpuestos, quizás pensados por un magnífico experto de puestas en escena, se completaba, en otros momentos y liturgias, con los sonidos rasgados de las carracas gigantes que recorrían las calles y con el acuerdo tácito en torno a los silencios musicales, que marcaban el obligado respeto.

Se acercó a la mujer. No podía entender que alguien estuviera tan solo velando un cadáver. Se sentó en el banco inmediatamente anterior a ella y masculló un inaudible “le acompaño en el sentimiento”, al que ella no respondió. Orientó la vista hasta donde suponía que estaba el cuadro del Santo Patrón, pero sólo llegó a distinguir los pliegues de las cortinas laterales, que flanqueaban la oscuridad marítima de la pintura. Jacinto esbozó una sonrisa casi interior agradeciéndole su presencia siempre lúdica y festiva, su referencia en la identidad de las gentes. Repensando el cuadro que no veía, recordó el sonido de los cohetes y la algarabía de las calles.

Jacinto Montero se despidió de la señora que velaba al difunto y retomó el camino entre farolas con el firme convencimiento de que allí, sobre aquel lienzo, levantaría su reserva india, su concesión al folclore y su apego a la tradición. Su particular porción de Mito en su irreversible —ya consumado— salto al Logos.